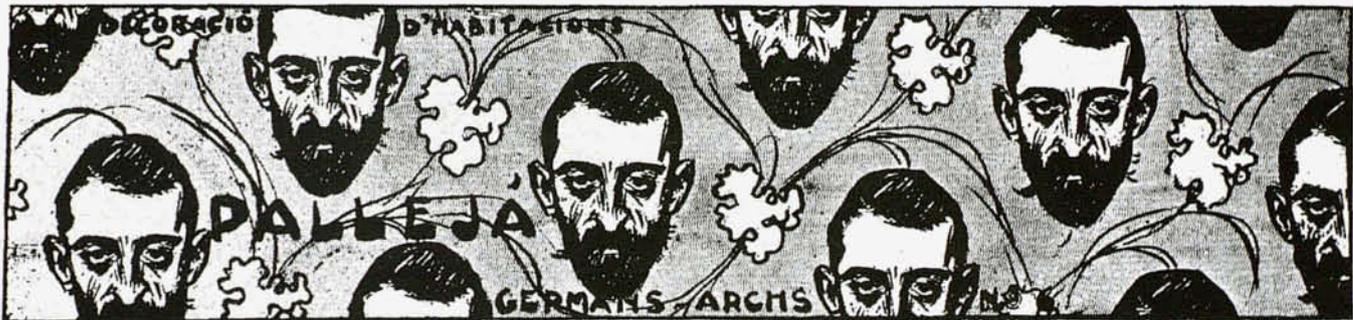


LA LITERATURA MODERNISTA CATALANA



EN UN MOMENTO EN EL QUE LAS LETRAS CATALANAS HABÍAN CONSEGUIDO DE NUEVO COTAS DE ALTA CALIDAD, SE INTRODUCEN LAS ESTÉTICAS Y LAS IDEOLOGÍAS QUE DOMINABAN EL PANORAMA CULTURAL EUROPEO DEL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO.

MAGÍ SUNYER MOLNÉ UNIVERSIDAD DE BARCELONA



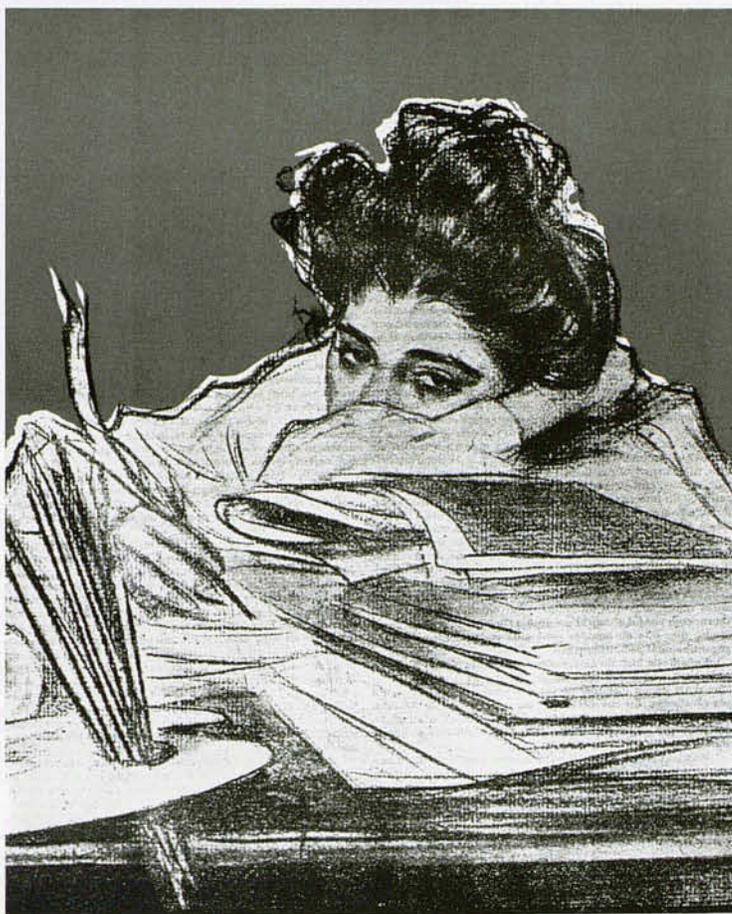
Sin duda, la manifestación del arte modernista catalán que más resonancia internacional ha alcanzado es la arquitectura. La literatura, menos espectacular y con unos problemas de difusión que, en el caso de los catalanes, se agravan por la inexistencia o la debilidad de las instituciones políticas que deberían promocionarla, es mucho más desconocida pese a su alto nivel artístico.

El movimiento modernista surge, en los Países Catalanes, como una reacción contra el excesivo tradicionalismo de la cultura catalana de su tiempo, con la voluntad de transformarla en moderna y progresista. Donde con más claridad puede seguirse su compleja, rica y a menudo contradictoria composición es en su ma-

nifestación literaria. En un momento en el que las letras habían conseguido de nuevo cotas de alta calidad, a partir de la última década del siglo XIX, se introducen, a través de acontecimientos culturales como las "Fiestas modernistas" de Sitges y de la publicación de revistas como "L'Avenc", "Pèl i Ploma" y "Joventut", las estéticas y las ideologías que dominaban el panorama cultural europeo del último tercio del siglo. De este modo, en una literatura todavía con buena dosis de romanticismo historicista y conservador, en convivencia con un moderado naturalismo en la novela y con la prosaica poesía positivista post-romántica, se dejan sentir con fuerza estéticas como la parnasiana, la pre-rafaelista inglesa, la simbolista, la del naturalismo y la del neo-

clasicismo de la escuela romana francesa, junto a la obra de personalidades como Nietzsche, Ibsen, Hauptmann y D'Annunzio. El decadentismo, que proporcionó la imagen más tópica del período, disputaba con el vitalismo el dominio espiritual de una literatura y unos escritores que asumían la oposición del artista y el arte europeos a la burguesía, y un individualismo que se transformaba a menudo en mesianismo.

En poesía, por encima de la obra de parnasianos como Miquel dels Sants Oliver, Gabriel Alomar o Jeroni Zanné o de simbolistas como Miquel de Palol, destaca la de Joan Maragall, poeta que, a partir de una concepción romántica de la poesía que denominó "Teoría de la Palabra viva", superó las formulaciones de escue-



las y elaboró una poesía profundamente personal, de primera categoría universal, fundamentada en la valoración de la humanidad por encima de cualquier trascendentalismo, que convierte su *Canto Espiritual* en una exaltación panteísta y la recreación de figuras de las leyendas populares catalanas, como la de su poema más acabado, *El Comte Arnau*, en personificaciones del espíritu de la nación, animadas por el espíritu individualista y transgresor de Friedrich Nietzsche. Dos de los mejores poetas del período, Joan Alcover y Miquel Costa i Llovera, podrían ser parcialmente incluidos entre los modernistas sólo por unos aspectos de su producción. Santiago Rusiñol, pintor y escritor, introdujo el poema en prosa en el libro *Oraciones*.

Las nuevas concepciones del teatro encuentran en Adrià Gual, fundador y director del "Teatre íntim", al dramaturgo total que necesitaban, y una cervecería, "Els Quatre Gats", es la cuna de la revalorización de géneros considerados como menores: marionetas, sombras chinescas, pantomima. Los primeros dramas de Santiago Rusiñol, *L'alegria que passa*, *El jardí abandonat*, constituyen las mejores

muestras del teatro decadentista. El teatro de ideas —deudor, sobre todo, de Ibsen—, regeneracionista o revolucionario, tiene los mejores representantes en Joan Puig i Ferrater e Ignasi Iglésias.

La narrativa, presentada a menudo con apariencia realista, naturalista o costumbrista, exige en la mayoría de ocasiones una lectura simbólica. Se observa en ella el desprestigio del modelo narrativo ochocentista y una fragmentación del relato en consonancia con la crisis general de la narrativa europea en busca de fórmulas substitutorias de las que había proporcionado el realismo. La preocupación por la intensidad más que por la extensión encuentra una primera solución de categoría en la novela *Els sots feréstecs*, de Raimon Caselles, autor también de la colección de narraciones *Les multituds*, y su mejor exponente en *Solitud*, de Caterina Albert, "Víctor Català", la novela genial de la época y una de las mejores de la novelística contemporánea en cualquier lengua, que con un lenguaje rico y preciso edifica la simbolización del itinerario vital de una mujer que consigue liberarse de sus condicionamientos y hacer valer la fuerza de su personalidad. Su

gran concentración narrativa consigue la máxima expresión en la serie de cuentos que "Víctor Català" inició con la publicación de *Drames rurals*. La narrativa modernista tiene una gama amplísima: la novela de los bajos fondos ciudadanos de Juli Vallmitjana, la de reflejo de los conflictos sociales como *Aigua Avall*, de Josep Maria Folch i Torres, el costumbrismo que enmarca el conflicto entre el artista burgués y su clase de *L'auca del senyor Esteve*, de Santiago Rusiñol, la exaltación de la fuerza de la voluntad individual de *La vida i la mort d'en Jordi Freginals*, el panteísmo naturalista de *Proses bàrbares*, de Prudenci Bertrana, el decadentismo de *Josafat*, del propio Bertrana, de *Camí de llum*, de Miquel de Palol, o la novela histórica de Alfons Maseras. Sólo algunas de las equilibradas narraciones de Joaquim Ruyra podrían ser incluidas también.

Este panorama quedó sensiblemente restringido cuando el novecentismo, con criterios ideológicos más que estéticos, substituyó al modernismo e impuso su selección. Sin embargo, la literatura catalana se había incorporado definitivamente a la modernidad. ■